

¿CUÁL ES EL FUNDAMENTO DE LA ALEGRÍA CRISTIANA? DIOS NOS HA SALVADO EN CRISTO. LOS PRIMEROS CRISTIANOS ANUNCIARON LA ALEGRÍA DE SU COMUNIÓN CON CRISTO.

- ❖ Cfr. Domingo 3º de Adviento ciclo B 14 diciembre 2008 - Isaías 61, 1-2.10-11; 1 Tesalonicenses 5, 16-24; Salmo responsorial Magnificat Lucas 1, 46-50.53-54

Isaías 61, 10-11: 10 «Reboso de gozo en el Señor, y mi alma se alegra en mi Dios, porque me ha vestido con ropaje de salvación, con manto de justicia me ha envuelto, como novio que se ciñe de diadema, como novia se adorna con sus joyas. 11 Lo mismo que la tierra echa sus brotes, y el huerto hace germinar sus semillas, así el Señor Dios hace germinar la justicia y la alabanza ante todas las naciones.»

1 Tesalonicenses 5, 16-24: “16 Estad siempre alegres. 17 Orad sin cesar. 18 Dad gracias a Dios por todo, porque eso es lo que Dios quiere de vosotros en Cristo Jesús. 19 No extingáis el Espíritu, 20 ni despreciéis las profecías; 21 sino examinad todas las cosas, retened lo bueno 22 y apartaos de toda clase de mal. 23 Que Él, Dios de la paz, os santifique plenamente, y que vuestro ser entero - espíritu, alma y cuerpo – se mantenga sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. 24 El que os llama es fiel, y por eso lo cumplirá.

Del Salmo responsorial, Lucas 1, 47.49: Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso (Magnificat de la Virgen, en el Salmo responsorial de hoy.)

1. La liturgia de este domingo de Adviento nos habla de la alegría cristiana: San Pablo: «Estad siempre alegres» (2ª Lectura)

- ❖ La motivación de la alegría cristiana: el obrar de Dios en la historia a nuestro favor.

- La motivación o fuente de la alegría cristiana es clara: es el obrar de Dios en la historia, y, concretamente, porque “nos ha vestido con ropaje de salvación, porque nos ha envuelto con ropaje de justicia” - en la Biblia justicia es santidad (Isaías 61,10).

Así lo afirma la Virgen en su conocidísimo Canto del Magnificat que nos legó San Lucas en su evangelio: “Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador”. Como la Virgen habla de una experiencia gozosa en su vida - «porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso» (Lucas 1, 49)-, así nosotros pedimos a Dios que nos haga ver los verdaderos tesoros en nuestra vida, que Él nos ha dado. También en este tiempo que nos ha tocado vivir, los cristianos hemos de procurar “elevar nuestros sentimientos y afectos” de modo que no pongamos el fundamento de nuestra alegría en algo que forme parte exclusivamente de la precariedad de esta vida, sino en los bienes y tesoros que dan el sentido cristiano a nuestras vidas.

- ❖ Necesidad de elevar los sentimientos y afectos para encontrar la alegría cristiana

- En un comentario sobre los misterios gozosos del rosario, Juan Pablo II (23/10/1983) decía lo siguiente: “El Santo Rosario es oración cristiana, evangélica y eclesial, pero también oración que eleva los sentimientos y afectos del hombre.

En los misterios gozosos, sobre los que nos detenemos hoy brevemente, vemos un poco todo esto: la alegría de la familia, de la maternidad, del parentesco, de la amistad, de la ayuda recíproca. Cristo, al nacer asumió y santificó estas alegrías que el pecado no ha borrado totalmente. El realizó esto por medio de María. Del mismo modo, también nosotros hoy, a través de Ella, podemos captar y hacer nuestras las alegrías del hombre: en sí mismas, humildes y sencillas, pero que se hacen grandes y santas en María y en Jesús.

En María, desposada virginalmente con José y fecundada divinamente, está la alegría del amor casto de los esposos y de la maternidad acogida y guardada como don de Dios; en María, que solícita va a Isabel, está la alegría de servir a los hermanos llevándoles la presencia de Dios; en María, que presenta a los pastores y a los Magos el esperado de Israel, está la coparticipación espontánea y confidencial, propia de la amistad; en María, que en el templo ofrece su propio Hijo al Padre celestial, está la alegría impregnada de ansias, propia de los padres y de los educadores con relación a los hijos o a los alumnos; en María, que después de tres días de afanosa búsqueda, vuelve a encontrar a Jesús, está la alegría paciente de la madre que se da cuenta de que el propio hijo pertenece a Dios antes que a ella misma”.

❖ La alegría cristiana procede del abandono en Dios

- Camino 659: La alegría que debes tener no es esa que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios.

❖ La alegría de los cristianos es fruto del Espíritu Santo, que es el «iconógrafo», quien imprime en el hombre la imagen de Cristo.

- San Pablo afirma en su Carta a los Gálatas (5,22): “Los frutos del Espíritu Santo son: la caridad, el gozo, la paz”. Por ello se entiende que el mismo Pablo pueda decir que “estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones”. Y en la segunda Carta a los Corintios (7, 4) afirma que “no consiste el Reino de Dios en comer ni beber, sino que es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo” (Rm 14,17).

- Cf. Comité para el Jubileo del Año 2000, *El Espíritu del Señor*, BAC Madrid, 2ª ed. septiembre 1997, pp. 52-55:

“La verdadera imagen de Dios es Cristo (Col 1, 15-18), el hombre es «icono del Icono», es decir, imagen de Cristo, la imagen encarnada del Padre. ‘En Cristo – afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica* –, imagen del Dios invisible (Col 1,15; cf. 2 Cor 4,4), el hombre ha sido creado a «imagen y semejanza del Creador. En Cristo, Redentor y Salvador, la imagen divina deformada en el hombre por el primer pecado ha sido restaurada en la belleza original y ennoblecida con la gracia de Dios’ (CCE 1701). (...)”

Toda la realidad cristiana, Iglesia sacramental, ascesis, tiene como finalidad transformar al hombre cada vez más en imagen de Cristo. El es el salvador del hombre, no sólo porque lo libera del pecado, sino también y sobre todo porque realiza y perfecciona su ser icónico: éste es el primer objetivo de la encarnación, la «deificación» del hombre. Cuando los Padres quieren definir la naturaleza del hombre, no recurren a la definición aristotélica - «hombre es un animal racional» -, sino a aquella teológica: «él es un ser viviente capaz de ser divinizado» (San Gregorio Nacianeno, Discursos, XLV,7).

La tradición de la Iglesia, oriental y occidental, es unánime al afirmar que **aquel que imprime en el hombre la imagen de Dios es el Espíritu Santo. Éste es considerado el «iconógrafo»** (aquél que pinta los iconos sagrados) de la imagen de Dios en el hombre para que, mirando a Cristo como modelo, pinte en el hombre la imagen viva del Redentor y, de esta manera, cristifique progresivamente al fiel. El principio es siempre el mismo: Dios se hace presente en el hombre a través de Jesucristo, en el Espíritu Santo; el hombre es imagen de Dios porque está llamado a la comunión con Dios y el Espíritu Santo es quien pone en comunión. Esta unión no consiste en un hecho externo o psicológico, sino que transforma al ser mismo del hombre, que ya desde la creación está llamado a esta comunión, que significa «ser llamados a imagen de Dios» a través de Jesucristo en el Espíritu Santo”.

❖ Tres adjetivos que se refieren a la alegría cristiana

Cfr. Raniero Cantalamessa, *El misterio de Navidad*, Edicep 1996, pp. 101-104

o A) Es una alegría real, que nace de una experiencia, de un acontecimiento gozoso.

- (...) “La alegría de María (...) nace de una experiencia de alegría real, de un acontecimiento gozoso. (...) Se basa en unos hechos reales que son las acciones de Dios, que siempre e infaliblemente se llevan a efecto: «Desde ahora - dice María - todas las generaciones me llamarán bienaventurada», y todas las generaciones la han llamado dichosa, bienaventurada (...).

o B) También es una alegría escatológica: es decir, plena y definitiva.

- (...) Crece hasta desembocar algún día en la felicidad eterna, pero desde su interior, sin ir cambiando de un objeto a otro, porque su objeto infinito es siempre el mismo; es siempre Dios.

Aquí abajo nosotros estamos «alegres en la esperanza», *spe gaudentes* (Rm 12, 12), allá arriba estaremos alegres en la posesión, ya que Dios ha preparado para los que le aman *lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó* (1 Co 2, 9). La polilla que roe cualquier alegría humana natural, incluso las que son honestas, es el hecho de que esta alegría no sea escatológica, no dure siempre. Por ello, cuanto más intensa es - como sucede en el amor de dos esposos -, tanto más se queda escondida en sí misma la angustia de saber que acabará. Cualquier fiesta humana está siempre velada por la tristeza, porque, como dice Leopardi en uno de sus cantos - *El sábado en la aldea* -, se sabe que «mañana tristeza y hastío / traerán las horas, y al tiempo ordinario / volverá cada uno el pensamiento».

o C) Y es una alegría interior, no exenta de la tribulación

- (...) Es cierto que también la alegría humana es, alguna vez, interior. Pero aquí se trata de una interioridad que va más allá de la esfera psicológica y emocional, alcanzando la misma profundidad del espíritu. En verdad, ésta no viene de fuera, sino de dentro, como ciertos lagos alpinos que se forman y se alimentan no de un río que afluye del exterior,

sino de una fuente que brota de su mismo fondo. La alegría cristiana es «fruto del Espíritu» (Gálatas 5, 22; Romanos 14, 17); nace del obrar misterioso y actual de Dios en el corazón del hombre tocado por la gracia.

Por esto, la alegría cristiana no está exenta ni siquiera de la tribulación, como vemos en los santos que en sus tribulaciones abundan de alegría (cfr. 2 Co 7, 4). Ésta, en efecto, actúa a un nivel más profundo de aquel en el que actúa la tribulación, y las dos cosas no se excluyen mutuamente. Es más, normalmente hay que estar en la cruz para poder hablar de esta alegría y para comprender de qué se está hablando, porque la cruz es el lugar en donde se da el salto de lo humano a lo divino. El sufrimiento pone en contacto con la suprema «acción» de Dios en la historia que es la cruz de Cristo; y es la cruz la que mantiene la alegría cristiana en la «sobriedad». Es en el sufrimiento - decía el seráfico padre san Francisco - donde se experimenta «la perfecta felicidad», es decir, la felicidad verdaderamente evangélica. Se experimenta también en otros lugares, pero en la cruz toca la perfección”.

❖ Alegría en Cristo. El encuentro con Cristo en tres números del Catecismo de la Iglesia Católica.

o El fin de la catequesis: conducir a la comunión con Jesucristo

- **CEC, n. 426:** En el centro de la catequesis: Cristo - «En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre, que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros... Catequizar es... descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios... Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por El mismo» (Catechesi tradendae, 5). El fin de la catequesis: «conducir a la comunión con Jesucristo: sólo El puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad» (Catechesi tradendae, 5).

o Los primeros cristianos anunciaron la alegría de su comunión con Cristo

- **CEC n. 425:** «Anunciar... la inescrutable riqueza de Cristo» (Efesios 3, 8) - La transmisión de la fe cristiana es ante todo el anuncio de Jesucristo para llevar a la fe en El. Desde el principio, los primeros discípulos ardieron en deseos de anunciar a Cristo: «No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hechos 4, 20). Y ellos mismos invitan a los hombres de todos los tiempos a entrar en la alegría de su comunión con Cristo:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida -pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y se nos manifestó-, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo (1 Juan 1, 1-4).

o La Iglesia es comunión con Jesús, que nos asocia a su vida, dándonos parte en su alegría

- **CEC n. 787:** La Iglesia es comunión con Jesús - Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida (Cf Marcos 1, 16-20; 3, 13-19; les reveló el Misterio del Reino (Cf Mateo 13, 10-17); les dio parte en su misión, en su alegría (Cf Lucas 10, 17-20) y en sus sufrimientos (Cf Lucas 22, 28-30). Jesús habla de una comunión todavía más íntima entre El y los que le sigan: «Permaneced en mí, como yo en vosotros... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos» (Jn 15, 4-5). Anuncia una comunión misteriosa y real entre su propio cuerpo y el nuestro: «Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Juan 6, 56).

o Cristo en cierto sentido se convierte en sujeto de nuestras acciones

- **Filipenses 1,21:** Para mí el vivir es Cristo.
- **CCE 1694:** “Incorporados a Cristo por el Bautismo, los cristianos «están «muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (Romanos 6, 11), participando así en la vida del Resucitado (Cf Colosenses 2, 12). Siguiendo a Cristo y en unión con él (Cf Juan 15, 5), los cristianos pueden ser «imitadores de Dios, como hijos queridos y vivir en el amor» (Efesios 5, 1), conformando sus pensamientos, sus palabras y sus acciones con «los sentimientos que tuvo Cristo» (Filipenses 2, 5) y siguiendo sus ejemplos (Cf Juan 13, 12-16)”. (CCE 1694).
- **Gálatas 2,20:** “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Esta vida en la carne , la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí”.
- **Biblia de Jerusalén:** “(a) Por la fe (Romanos 1,16), Cristo se convierte, en cierto sentido, en sujeto de todas

las acciones vitales del Cristiano (Romanos 8,2.10-11+; Filipenses 1,21; ver Colosenses 3,3). (b) Aunque todavía «en la carne» (Romanos 7,5+), la vida del cristiano está ya espiritualizada por la fe (ver Efesios 3,17); sobre esta condición paradójica, ver Romanos 8, 18-27.”

2. La vida cristiana: no se trata solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de adherir a la persona misma de Jesús, de compartir su vida y su destino, de participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre.

o Juan Pablo II, Veritatis splendor, n. 19

«**Ven, y sígueme**» (Mt 19, 21) - El camino y, a la vez, el contenido de esta perfección consiste en la *sequele Christi*, en el seguimiento de Jesús, después de haber renunciado a los propios bienes y a sí mismos. Precisamente ésta es la conclusión del coloquio de Jesús con el joven: «luego ven, y sígueme» (Mt 19, 21). Es una invitación cuya profundidad maravillosa será entendida plenamente por los discípulos después de la resurrección de Cristo, cuando el Espíritu Santo los guiará hasta la verdad completa (cf. Jn 16, 13).

Es Jesús mismo quien toma la iniciativa y llama a seguirle. La llamada está dirigida sobre todo a aquellos a quienes confía una misión particular, empezando por los Doce; pero también es cierto que la condición de todo creyente es ser discípulo de Cristo (cf. Hch 6, 1). Por esto, *seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana*: como el pueblo de Israel seguía a Dios, que lo guiaba por el desierto hacia la tierra prometida (cf. Ex 13, 21), así el discípulo debe seguir a Jesús, hacia el cual lo atrae el mismo Padre (cf. Jn 6, 44).

No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: *adherirse a la persona misma de Jesús*, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre. El discípulo de Jesús, siguiendo, mediante la adhesión por la fe, a aquél que es la Sabiduría encarnada, se hace verdaderamente *discípulo de Dios* (cf. Jn 6, 45). En efecto, Jesús es la luz del mundo, la luz de la vida (cf. Jn 8, 12); es el pastor que guía y alimenta a las ovejas (cf. Jn 10, 11-16), es el camino, la verdad y la vida (cf. Jn 14, 6), es aquel que lleva hacia el Padre, de tal manera que verle a él, al Hijo, es ver al Padre (cf. Jn 14, 6-10). Por eso, imitar al Hijo, «imagen de Dios invisible» (Col 1, 15), significa imitar al Padre.

www.parroquiasantamonica.com